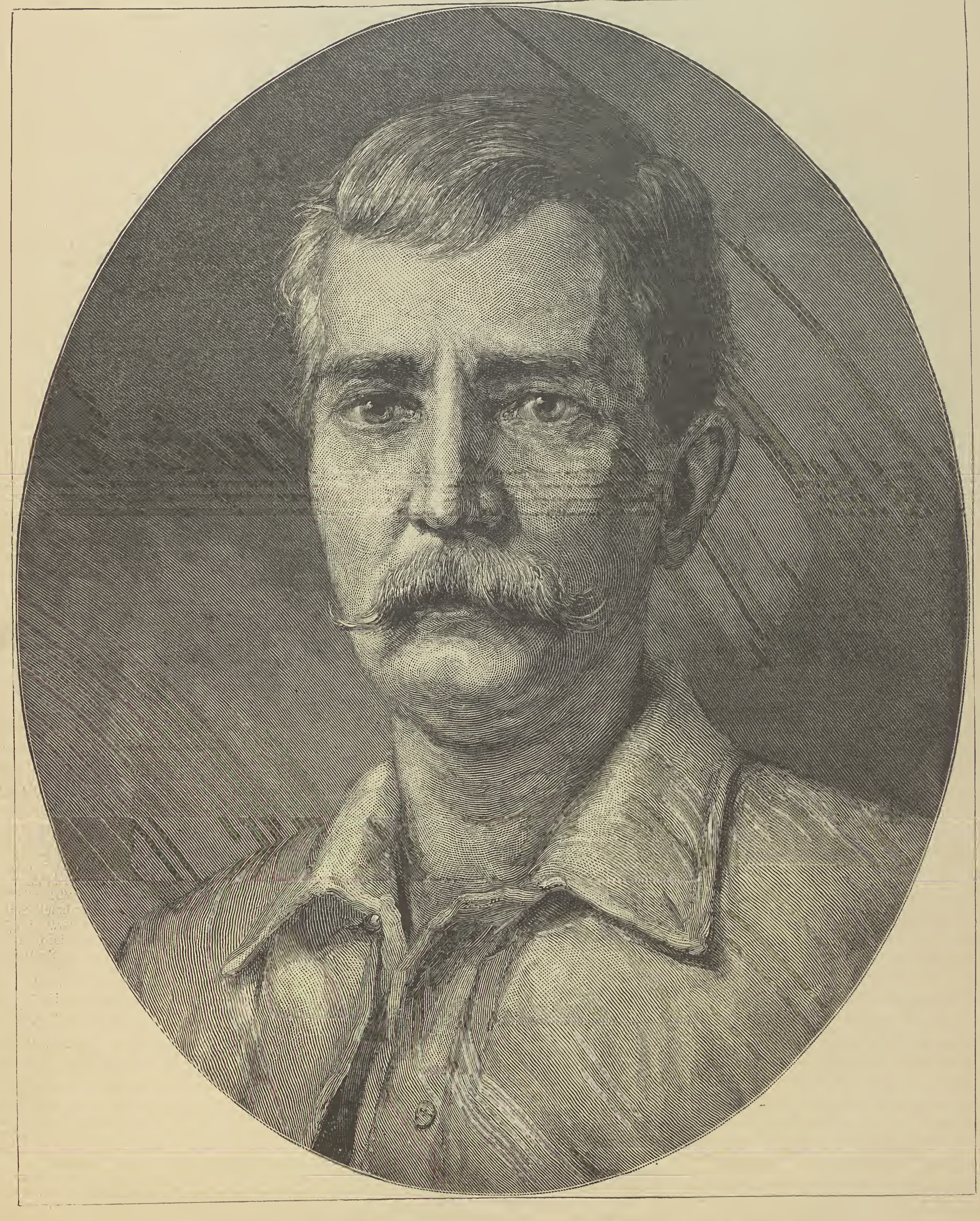
LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año IX — Barcelona 14 de abril de 1890 — Núm. 433



ENRIQUE STANLEY, célebre explorador del Africa central, de un retrato de F. Moscheles

DEL CONGO Á LOS LAGOS DEL NILO

EXPEDICIÓN DE STANLEY EN SOCORRO DE EMÍN BAJÁ

AL TRAVES DEL ÁFRICA CENTRAL

CON CROQUIS Y DESCRIPCIONES TRAZADOS POR LOS OFICIALES DE LA EXPEDICIÓN

La más reciente, y no la menos notable empresa de Mr. Stanley, el gran viajero africano, ha sido su última expedición, que duró tres años y tuvo por objeto prestar auxilio á Emín Bajá, gobernador de las estaciones egipcias en Wadelai, en el Nilo Blanco Superior. Emín Bajá, que es el Dr. Eduardo Schnitzer, médico alemán, quedó sin apoyo en la llamada Provincia Ecuatorial del Sudán, cuya comunicación con Egipto se interrumpió, por la toma de Khartum y la muerte del general Gordon, desde enero de 1885. Esta provincia hallábase amenazada por el avance gradual hacia el Sud de las fuerzas conquistadoras del Mahdi, el nuevo Profeta musulmán africano, inspirado, como los primeros secuaces de Mahoma, por el celo fanático. En noviembre de 1886, los amigos de Emín Bajá en Inglaterra, habiendo tenido conocimiento de su situación por conducto del doctor Junker, organizaron una expedición para auxiliarle.

En la siguiente narración compilada nos referiremos en particular á la ardua y peligrosa marcha de Stanley desde Yambuya, á través del más espeso bosque del clima tropical; á su encuentro con Emín Bajá, en abril de 1888, en las orillas del Alberto Nyanza; á la permanencia de Mr. Mounteney-Jephson con Emín Bajá en las estaciones egipcias del Nilo Superior, donde los soldados se amotinaron é hiciéronlos prisioneros á instigación de oficiales traidores; á su retirada al acercarse el ejército del Mahdi, lo cual les permitió reunirse con Mr. Stanley; y á la partida de toda la expedición, en abril de 1889, con centenares de fugitivos del Sudán, efectuándose la marcha por un camino sin explorar aun, á través de Unyoro, Usongora, Ankori y Karagüé, al oeste del lago Victoria Nyanza, desde donde llegaron á la costa oriental frente á Zanzíbar.

Estos trabajos y aventuras, desde mediados del verano de 1887 hasta diciembre de 1889, constituyen una historia especial del más variado y palpitante interés, que por necesidad debe dividirse en dos partes separadas, á saber: los viajes dirigidos en persona, ú organizados por Mister Stanley, comprendiendo sus más recientes descubrimientos geográficos; y las dificultades con que debió luchar Emín Bajá en su posición, presenciadas y compartidas solamente por Mr. Mounteney-Jephson, á quien Mr. Stanley comisionó para tratar con los egipcios y sudaneses en el Nilo respecto á su partida, según se acordó por la Expedición de auxilio.

Sin embargo, antes de entrar más particularmente en el detalle de esas transacciones, convendrá describir, ó más bien bosquejar, la posición relativa del Congo Superior y sus tributarios occidentales, así como también de los lagos que se comunican con el Nilo Superior, con esa extraña región intermedia del «Continente Oscuro,» que Mr. Stanley ha sacado á luz ahora, haciendo además nuevos descubrimientos. Con ellos ha enaltecido su fama como explorador del curso entero del Congo, resolviendo en parte uno de los más interesantes problemas de la ciencia geográfica.

Si consideramos que el Africa Ecuatorial está situada entre los 5 grados de latitud Norte y 5 al Sud del Ecuador, y que su anchura media desde el Atlántico al Océano Indico, tomada en globo, se halla entre los 10° y 45° de longitud Este, la porción occidental, es decir, dos terceras partes de la anchura del continente, pertenece á la vasta cuenca del Congo. La parte oriental, desde los ríos comparativamente pequeños que van al Océano Indico, corresponde al Nilo y á sus lagos. La línea divisoria de las aguas viene á estar á los 30° de long. Este, pues con muy ligeras excepciones, todas las aguas al Este de esa línea, en el interior del Africa Oriental, alimentan el lago Alberto Nyanza. Este recibe también parte de su caudal de otro pequeño situado más arriba, conocido con el nombre de Eduardo Alberto Nyanza; ó bien las aguas corren hasta el mayor de esos lagos, el Victoria, que también vierte su sobrante en el Alberto, formando todos el río que nosotros llamamos Nilo, y que es el «Nilo Blanco,» el Bahr-el-Jebel ó Bahr-el-Abiad de los árabes. Este es el principal y verdadero Nilo, aunque en Khartum se ha dado con frecuencia el nombre de «Nilo Azul» al Bahr-el-Azrek, que se une con él desde las altas tierras de Abisinia. Los lagos del Nilo, por lo tanto, y los países que hay alrededor y entre ellos, constituyen una marcada región geográfica, cuya estructura física nos presenta una de las más interesantes formaciones de la superficie del globo. El mérito de haber explorado antes que nadie diversas partes de esta región corresponde al capitán Speke, al coronel Grant y á Sir Samuel Baker (1858 á 1864); pero Mr. Stanley, que dió la vuelta al Victoria Nyanza en 1875, ha hecho ahora otro descubrimiento, señalando la verdadera fuente del Nilo en el lago Alberto, ó en su afluente más al Sud. Más adelante daremos la descripción que Mr. Stanley hace de las montañas, con el Ruwenzori y otras cimas notables, al pie de las cuales corre el desaguadero de este lago, el río Semliki, al cruzar por las altas tierras de Unyoro hasta el Alberto Nyanza. Lo que el lector ha de tener primero en cuenta es la manera de pasar la Expedición de auxilio desde la región del Congo hasta la de los lagos del Nilo.

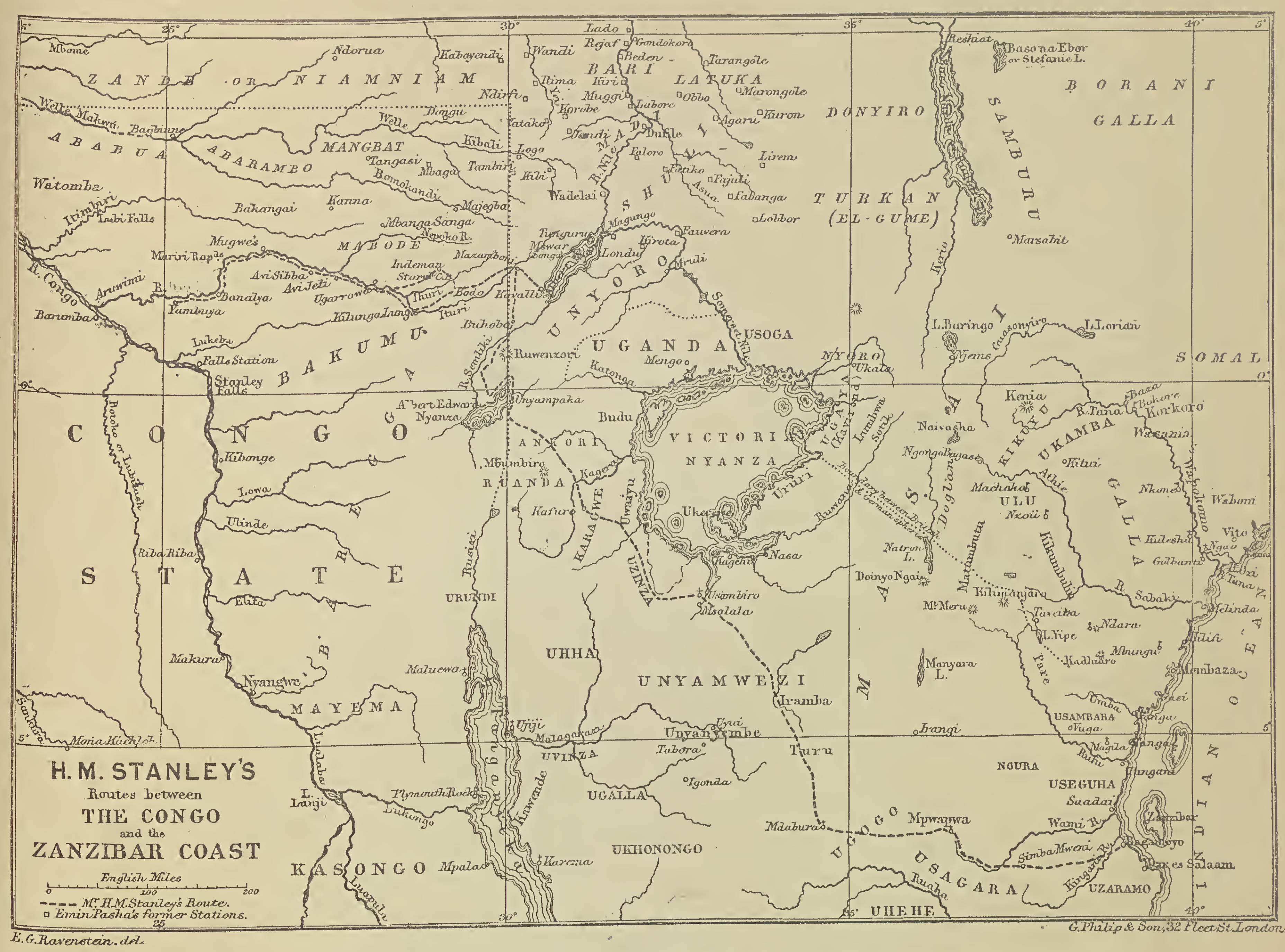
Gracias á las anteriores exploraciones de Mr. Stanley y al establecimiento del Estado libre bajo su administración, el Congo ha llegado á ser bastante familiar para el mundo civilizado, por los muchos libros, cartas y periódicos que de él hablan hace algunos años. Su navegación, entrando por el Atlántico, en la parte inferior, se interrumpe por las «cataratas,» ó cascadas, en un espacio de cerca de doscientas millas desde Matadi, frente á la antigua estación de Vivi, hasta Manyanga. Ahora se proyecta un camino de hierro para unir esos dos puntos; pero más arriba del Estanque de Stanley, donde se hallan la estación del Estado libre del Congo, Leopoldville, y el establecimiento de misioneros de Kinshassa, no hay dificultad para el tráfico regular de los vapores hasta Bangala, que está al norte del Ecuador. También puede continuarse desde aquí á la desembocadura del Aruwimi, y más allá, en el Congo Superior, hasta las Cascadas de Stanley, ó sea un trayecto de más de mil millas.

Hacia fines de 1886, se resolvió que la Expedición de auxilio, mandada por Mr. Stanley, fuera por el Congo hasta el Aruwimi, y desde allí marchase á lo largo de sus orillas, en la dirección Este, hasta el lago Alberto Nyanza, es decir, un trayecto de menos de cuatrocientas millas. Esta sabia resolución fué discutida al principio, y algunas personas pueden considerar ahora que el resultado confirmó las objeciones hechas entonces. Sin duda se ha realizado el principal objeto de la expedición, que era llegar al paraje donde estaba Emín Bajá; pero ha sido á costa de 30.000 libras esterlinas (150.000 duros), fatigosos trabajos durante tres años, é inmensa pérdida de vidas. No se procedió de la manera indicada por Emín Bajá, ni se siguió tampoco el itinerario que él deseaba, según el cual se habría abierto directamente un camino desde el Nilo, á través de Unyoro y Uganda, y á lo largo de la orilla Norte del Victoria Nyanza. Después se iría por Kavirondo hasta el Este del Africa inglesa, tomando el camino que Mr. Joseph Thomson había explorado entre dicho punto y la costa. Cierto que se rehusó el paso en esta dirección á Emín Bajá y al Dr. Junker; mas la mala voluntad del rey de Uganda, el más poderoso de los Estados indígenas, se habría atenuado probablemente por medio de negociaciones, ofreciendo una suma redonda en dinero. Si se hubiera podido inducir á Mwanga á prestar su auxilio, haciendo un arreglo semejante con Kabrega, rey de Unyoro, es casi indudable que Emín Bajá y su gente habrían conseguido llegar á Mombasa al cabo de unos seis meses, con mucho menos gasto del que se hizo. Esto fué lo que Emín Bajá pidió al público inglés en su última carta, fechada en abril de 1887: «Un camino seguro hasta la costa,» decía; y Mr. Joseph Thomson se comprometió á buscarle. Entre los que aprobaron la vía oriental figuraban el Dr. Schweinfurth y el Dr. Junker, que entendían mejor el asunto.

Pero la influencia de personajes relacionados con el Estado libre del Congo preponderó en favor del plan opuesto, que se concertó en Bruselas, calculándose, muy erróneamente, según se vió después, que yendo por el Congo, y con una marcha de treinta y cinco ó cuarenta días, ó cuando más dos meses, desde Yambuya á Wadelai, la expedición podría encontrar á Emín Bajá en cinco meses. Habiéndose enviado á buscar á Mr. Stanley, que estaba en América, abrióse la suscrición para recoger fondos; el rey de los belgas, como Presidente del Estado libre del Congo, patrocinó la empresa, y el Khedive de Egipto contribuyó con parte de su peculio. Después se dispuso que la expedición se preparase en Zanzíbar, en la costa Este de Africa, y marchara por mar á la Punta de Banana, en la desembocadura del Congo, por la costa Oeste de Africa, embarcándose en uno de los buques ingleses de la Compañía de Navegación de la India: esto se hizo fácilmente. Por los esfuerzos de Mr. Georges Mackenzie y del cónsul Holmwood, en Zanzíbar, engancháronse para el servicio de la expedición 623 hombres de este país, 63 sudaneses y 14 somalis, acompañados desde Zanzíbar por el famoso Tippo Tip, ese traficante en marfil y esclavos, medio árabe, que gobierna en el Congo superior á los salvajes manyemas, que había prometido su auxilio, y era formalmente gobernador de las Cataratas de Stanley, estación arrancada violentamente por los árabes al gobierno del Estado del Congo, cuya política consistía en convertir á su enemigo en un representante oficial de su abandonada autoridad. Tippo Tip llevó consigo cincuenta de sus hombres desde Zanzíbar, y después reuniéronsele algunos centenares más hasta el Congo, naturales de Manyema, raza de Nyangwé.

VIAJE POR EL CONGO

Saliendo de Zanzíbar con la expedición el 24 de febrero de 1887, el vapor de Madura llegó el 18 de marzo á la desembocadura del Congo. Otros cinco buques condujeron aquélla á Boma, residencia principal del gobierno del Estado libre del Congo, donde habitan ahora 120 europeos, en su mayoría holandeses, franceses, belgas é ingleses; también hay allí establecimientos comerciales portugueses, una escasa guarnición de husas y tropas de Bangala, y centenares de labradores indígenas. En Matadi, donde la navegación por el río se interrumpe, la expedición debió desembarcar y emprender la marcha con 1.200 cargas de provisiones que los hombres llevaron hasta Manyanga: este transporte por tierra, dirigido por Mr. Ingham, fué un trabajo muy laborioso de muchos días. Desde Manyanga al Estanque de Stanley, donde Mr. John Rose Troup estaba encargado del transporte, hasta Aruwimi, las provisiones y bagajes se condujeron por agua. A fines de abril, habiendo reunido Mr. Stanley todos los hombres y víveres que contrató en Kinshassa, cerca de Leopoldville y que se embarcaron en cinco vapores, emprendió su viaje por el río. Detenida algunos días por varios accidentes en Bolobo, y tres más en Bangala, la expedición, sin embargo, remontó el Congo desde el Estanque de Stanley hasta el Aruwimi en seis semanas, retrasándose solamente una, según el tiempo prefijado. Mr. Troup y Mr. Ward condujeron después en dos vapores el resto del cargamento, con los hombres que habían quedado en Bangala. No se había perdido tiempo, y la parte del viaje hasta el Congo no sufrió graves molestias, como no fuera la escasez de alimento en el Estanque de Stanley, donde los almacenes de la Estación contenían poca cosa, y los indígenas no querían llevar sus víveres al mercado: en resumen, no había provisiones suficientes para alimentar ochocientos extranjeros. Yambuya, situado al pie de las cascadas, que interrumpen la navegación, fué elegido como depósito de provisiones,



ITINERARIO SEGUIDO POR STANLEY DESDE EL CONGO HASTA LA COSTA DE ZANZIBAR

Mapa tomado de la edición inglesa

La línea de puntos indica el camino recorrido por Stanley y los cuadrados marcan los sitios de estación de Emín Bajá

donde quedarían 257 hombres á retaguardia de la expedición, al mando del mayor Barttelot. Esta retaguardia permaneció en Yambuya desde junio de 1887 hasta el mismo mes de 1888, con Mr. Troup, Mr. Ward y Míster Bonny, mientras que Mr. Stanley marchaba con la vanguardia á través del bosque sin senderos, que conduce al lago Alberto Nyanza.

EL CAMPAMENTO EN YAMBUYA

Mr. Werner ha hecho la mejor descripción que se conoce del campamento del mayor Barttelot, que estaba situado en la parte superior de un ribazo casi perpendicular de unos cincuenta pies de altura. El fuerte, cuya construcción dirigió el teniente Stairs, contenía todas las provisiones, así como las chozas de los europeos; medía unas treinta varas en cuadro, y rodeábale una fuerte empalizada, hecha con sólidas estacas de dos ó tres pulgadas de diámetro y de doce á quince pies de longitud, tan unidas entre sí, que solamente se podía pasar á través de ellas el cañón de una carabina. Frente al río, esta empalizada se fijó en el borde de una pendiente casi vertical de cincuenta pies, de modo que por este lado la fortificación era inaccesible; mas por los otros tres solamente se formó una plataforma á seis pies del suelo, bastante grande para que dos filas de hombres pudieran hacer fuego á la vez. Para los indígenas, que se baten con lanzas y flechas, esta obra defensiva habría sido completa; pero en un encuentro con los árabes, que usan rifles y escopetas de dos cañones, los hombres habrían estado muy expuestos. Para evitar esta contingencia levantóse un terraplén de cinco pies de altura fuera de las empalizadas, rodeándose el todo con una trinchera. No hay estación lluviosa regular en esta parte de Africa; los chubascos se producen á intervalos inciertos, generalmente cada seis ú ocho días; de modo que la trinchera no era solamente útil para la defensa, sino también para recoger agua en el caso de que se cortase la comunicación con el río. Por la parte de tierra, más cerca del campamento árabe adyacente, había dos reductos semicirculares, donde los defensores hubieran podido romper el fuego de flanco sobre el enemigo que tratara de acercarse. Dentro del recinto contábanse cinco chozas, tres de las cuales se hallaban ocupadas por europeos y medio llenas de víveres; en la cuarta se dejó mucho espacio para los cuadrúpedos, instrumentos y útiles que la expedición pudiera necesitar, y en la quinta alojóse Mr. Troup, que estaba muy enfermo. Además de estas cinco chozas, había cuatro construcciones para los criados y varios indígenas, y dentro del recinto exterior hallábanse numerosas chozas, entre las cuales se veían algunas de las de techo cónico de los indígenas, representando todo cuanto quedaba del pueblo, que había sido quemado ya por los árabes. Alrededor de la fortificación habíase despejado la espesura para evitar que se ocultasen allí enemigos, formándose una explanada.

DESASTRE DE LA COLUMNA DE RETAGUARDIA

El 28 de junio de 1887, Mr. Stanley avanzó por el desierto desconocido con su columna de 389 hombres entre oficiales y subalternos. Antes de marchar dió al Mayor Barttelot sus instrucciones, en las que había previsto al parecer todas las contingencias, excepto la que se produjo, es decir, la mala fe de Tippo Tip, que faltó á todas sus promesas y compromisos.

La historia del campamento de Yambuya y de la retaguardia, verdadera tragedia que ni Mr. Stanley ni su teniente podían evitar, es uno de los más melancólicos episodios de los viajes y exploraciones en Africa. Después de puesta en claro la cuestión sobre la confianza que Mr. Stanley depositó en Tippo Tip, no cabía duda de la traición de éste y de Salim-ben Mohamed. Mr. Werner, ingeniero al servicio del Estado libre del Congo, fué quien primero descubrió la criminal deslealtad de Tippo Tip y Salim su representante. No solamente retuvo el jefe árabe los hombres que había prometido, sino que Salim, formando un poderoso campamento detrás del que ocupaba el Mayor Barttelot, prohibió á los indígenas vender alimento á los blancos; pidió para su propio uso los víveres de la Expedición de auxilio; y envió algunos hombres para que rompieran las canoas del Mayor Barttelot, que estaban en el río, cerca de su campamento. «Tal vez habría pasado á mayores extremos, dice Mr. Werner, á no haber sabido que Mr. Ward se disponía á enviar telegramas al Comité de Inglaterra.»

Hemos dicho que Stanley abandonó el campamento, después de dar sus últimas instrucciones, en junio de 1887; y en mayo de 1888 fué cuando Mr. Werner le encontró dominado por Salim ben Mohamed, que al frente de 2.000 hombres le cerraba el paso. A fines de dicho mes, el Mayor Barttelot y Mr. Jameson se hallaban en las Cascadas de Stanley, y habían obtenido de Tippo Tip 400 hombres en vez de 600, para que el infortunado jefe pudiera emprender al fin su marcha en busca de Stanley, cuya suerte ignoraba, y que, según se decía en todas partes, había muerto ya. Cuando los 400 hombres llegaron á Yambuya, suscitáronse dificultades sobre la repartición de la carga, siendo evidente que se tenían malas intenciones y que se trataba de proporcionar á Tippo Tip la ocasión de asegurar para sí algunos de los fardos que contenían pólvora y cartuchos. Entorpecido por hombres que se amotinaban, y amenazada su vida, el Mayor Barttelot, con el resto de su gente, prosiguió su marcha fatal el 11 de junio de 1888, al cabo de un año de padecimientos é innumerables privaciones, que ocasionaron la muerte de muchos hombres. Ya era demasiado tarde para prestar auxilio á Stanley, y el infeliz Mayor estaba destinado á un triste fin. Una semana después, el 18 de junio, fué asesinado por uno de los manyemas que Tippo Tip había puesto al servicio de la expedición. Mr. Jameson murió de la fiebre en Bangala; y Mr. Troup estaba enfermo y hubo de retirarse; de modo que Mr. Bonny era el único europeo que había quedado con la columna de retaguardia, reducida á 71 hombres de los 257 de que se componía, los cuales fueron hallados en la más mísera condición por Stanley en Banalya en 17 de agosto.

LA MARCHA POR LA SELVA

En los recientes mapas del Africa Central en que se marcan estos parajes, el espacio que media entre Yambuya, junto al Aruwimi, donde termina la navegación en botes desde el Congo, y el pueblo de Kavalli, en la extremidad Sur del lago Alberto Nyanza, parece del todo insignificante. Por el Este de Yambuya, Kavalli no dista más de 370 millas en línea recta; pero el río Aruwimi, que en su parte superior se llama Ituri, remonta al Norte, y si se siguen las orillas de este río, la distancia que se ha de recorrer pasa de 500 millas. Mr. Stanley empleó en su primer viaje por este camino 171 días, pero después retrocedió hasta Banalya, donde se había detenido la columna de retaguardia. He aquí cómo describe en sus cartas el carácter de aquella parte del país:

«Estuvimos 160 días en la selva, que es sumamente enmarañada y continua, y nos bastaron ocho para atra-

vesar la región de las hierbas. Los límites de esta selva con dicha región están bien marcados: vimos que se extendía por el Nordeste, formando, como una costa marina, curvas, bahías y cabos; por Sudoeste presenta el mismo carácter; por el Norte y el Sud, el área del bosque se extiende desde Nyangwé hasta las orillas Sud del Mombuttu; al Este y al Oeste lo abarca todo desde el Congo, en la desembocadura del Aruwimi, hasta los 29° de longitud Este. La extensión superficial del trayecto así descrito, completamente cubierto por la selva, es de 246.000 millas cuadradas; y al Norte del Congo, entre Upoto y el Aruwimi, aquélla abraza otras 20.000. Entre Yambuya y el Nyanza se hablan cinco lenguajes distintos. El terreno forma una ligera pendiente desde la cima de la meseta, más arriba del Nyanza, hasta el río Congo, desde una altura de 5.500 á 1.400 pies sobre el nivel del mar.

»Cuando estaba en Inglaterra, reflexionando sobre los mejores caminos abiertos para llegar al lago Alberto Nyanza, pensé que calculaba por lo alto al suponer que bastaría una marcha de dos semanas para cruzar la región de la selva situada entre el Congo y la tierra de las hierbas; y ya se podrá imaginar cuáles serían mis impresiones al ver que durante un mes y otro era preciso cavar, cortar y romper para abrirnos paso en aquella selva continua. Transcurrieron ciento sesenta días antes de que pudiéramos exclamar: ¡Gracias á Dios que hemos salido al fin de las tinieblas! Llegó día en que, blancos y negros, apenas podíamos tenernos en pie. Nunca olvidaremos los meses de setiembre, octubre y la mitad de noviembre de 1887; y octubre, sobre todo, será memorable por nuestros padecimientos.

»Imagínese una selva en que la espesura es de las más compactas, y donde la vegetación se halla en todos los



EL «CAMPAMENTO DEL HAMBRE» EN LA CONFLUENCIA DEL ITURI Y EL IRURI, EN OCTUBRE DE 1887

períodos del crecimiento y de la decadencia; árboles añosos caídos, que se apoyan uno sobre otro, amenazando desplomarse, ó que interrumpen el paso; hormigas é insectos de todas especies, tamaños y colores que se agitan en todos sentidos; monos de diversos géneros; sonidos extraños de aves y cuadrúpedos; sordos rumores como de una manada de elefantes que avanzara por la espesura; enanos armados de flechas envenenadas, ocultos entre el follaje ó detrás de algún matorral; robustos aborígenes que empuñan agudas lanzas; copiosa lluvia casi todos los días; una atmósfera impura, fatal á veces; la fiebre y las calenturas; las tinieblas durante el día y la oscuridad casi palpable por la noche; y sobre todo esto, una selva que se extiende á inmensa distancia, y se podrá formar alguna idea de los inconvenientes que sufrimos desde el 28 de junio al 5 de diciembre de 1887, y después hasta el 10 de diciembre de 1888, día en que esperaba despedirme para siempre de la selva del Congo.

»Ahora que la conozco más, me sorprende que yo pudiese formar ideas tan mezquinas respecto á su extensión, pues bastaba tener en cuenta las enormes cantidades de humedad que el alimento de aquella selva necesita para hacer un cálculo más aproximado. En efecto, todos los vapores que se remontan de la dilatada extensión del Océano Atlántico del Sud son impelidos durante nueve meses del año en aquella dirección; por otra parte está el Congo, cuya anchura varía de una á diez y seis millas, y que en un espacio de 1.400, suministra una humedad inconmensurable, que se resuelve en lluvia, niebla y rocío sobre aquella selva insaciable; y por último, otras 600 millas del Aruwimi ó del Ituri. Téngase en cuenta esto, y no se extrañará que todos los años llueva 150 días en aquella región.

»Hasta que pusimos el pie en la tierra de las hierbas, á unas 150 millas al Oeste del Alberto Nyanza, nunca fuímos recibidos por los indígenas con una sonrisa ó una señal de benevolencia. Los aborígenes son en extremo salvajes, y en alto grado vengativos; y los peores de todos son los enanos, que allí llaman Wambutti. Hasta los animales son tan ariscos y recelosos, que no se puede cazar. La lobreguez de la selva es perpetua; la superficie del río, donde se reflejan las negras paredes de la vegetación, es oscura y sombría; hasta el cielo tiene algo de fúnebre, y el aspecto de la naturaleza y de la vida no tiene nada de alegre. Si los rayos del sol penetran á través de las negras nubes que le rodean y la brisa sopla ligeramente sobre las masas de vapor que hay bajo el horizonte, iluminando el paisaje alguna brillante luz, esto dura muy poco y desaparece como una visión.

»Las mañanas eran generalmente tristes, y el cielo aparecía cubierto de negros nubarrones; otras veces una espesa niebla ocultaba todos los objetos, si bien solía disiparse á eso de las nueve, y entonces producíase un quietismo inalterable. Los insectos dormían; en toda la selva reinaba un silencio de muerte; el río, oscurecido por las sombras y la vegetación, parecía un cementerio, y hasta podían oirse los latidos de nuestros corazones. Si á estas tinieblas no se sigue la lluvia, el sol aparece detrás de masas de nubes. Desvanécese la niebla, y la vida parece despertar ante aquella brillantez. Las mariposas pululan por el aire; un ibis espantado huye de nosotros, y en toda la selva óyense extraños murmullos, entre los cuales se cree distinguir el toque del tambor de alarma.

»Para hacer la señal de paz, las tribus ribereñas arrojan agua á lo alto con la mano ó con un remo, y recíbenla en la cabeza; en casi todas las curvas del río, y por lo regular en el centro de cada una, hay un pueblecillo formado con chozas cónicas, y en algunos de mayor extensión viven miles de indígenas. Si pudiéramos dar crédito á lo que ellos dicen, no habría trigo, ni bananas, ni aves de corral, ni cabras, ni alimento alguno. Los alambres dorados y los abalorios no tenían ya encanto para ellos, pues siempre alegaban que carecían de víveres, y muy pronto nos hubiéramos muerto de hambre si hubiésemos cometido la necedad de creerlos. Siempre que tratábamos de negociar procuraban engañarnos: por una varilla de cobre sólo querían dar tres medidas de trigo, aunque en Bangala, 800 millas más cerca de la costa, se podían adquirir diez rollos de pan de cazabe, debiendo darnos á nosotros lo menos veinte en el punto donde estábamos. Para vivir era preciso coger lo que podíamos.»

El camino de Yambuya á Kavalli está dividido en porciones, en cada una de las cuales la marcha fué muy enojosa, siendo á menudo preciso abrir paso á través del bosque; de modo que la columna de Stanley avanzaba poco más de dos millas cada día.

La primera porción es de 184 millas inglesas, desde el Yambuya en dirección Nordeste y por el Aruwimi hasta los pueblos de Mugwe, en la orilla Norte de aquel río: para este trayecto se emplean 124 horas. Banalya, teatro del desastre de la columna de retaguardia, se halla en esta parte del camino.

Segunda porción: 59 millas desde los pueblos de Mugwe hasta los de Avi Sibba, en la orilla Sud, donde tuvo lugar el encuentro en que el teniente Stairs quedó herido, muriendo cinco hombres por efecto de las flechas envenenadas.

Tercera porción: 39 millas desde Avi Sibba á la confluencia del Nepoko, gran río que corre desde el Norte, con el Aruwimi.

Cuarta porción: 93 millas, desde la confluencia del Nepoko, ó Avi Jeli, hasta la colonia árabe del conocido traficante en esclavos y cazador de elefantes, Ugarrowa.

Quinta porción: 162 millas, por un nuevo camino abierto el año siguiente en la orilla Norte, que conduce al fuerte Bodo, en Ibwiri, estación del depósito construído por Mr. Stanley en 1888.

Sexta porción: 126 millas, desde el fuerte Bodo á Kavalli, en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza.

Estas porciones constituyen un trayecto de 563 millas desde Yambuya á Kavalli; pero el camino que primeramente se tomó, en octubre de 1887, hallábase á unas cincuenta millas en la dirección Sud á lo largo del Aruwimi, más arriba de la confluencia del Nepoko, donde la navegación por este río con el bote de acero que la expedición llevaba y las canoas se hizo imposible. Mr. Stanley, venciendo grandes dificultades, y con peligro de morirse de hambre, dirigióse á la colonia árabe de Kilunga-Lunga, desde donde pasó á Ibwiri, que se halla á 3.600 pies sobre el nivel del mar.

EL COMBATE EN AVI SIBBA

El 13 de agosto de 1887 fué el primer día de aquellos dos desgraciados períodos de que Mr. Stanley hace mención en una de sus cartas publicadas. En dicho día los expedicionarios habían cruzado un pequeño río de unas sesenta varas de anchura, cerca del punto donde se unía con el Aruwimi, acampando en un pueblo situado en la



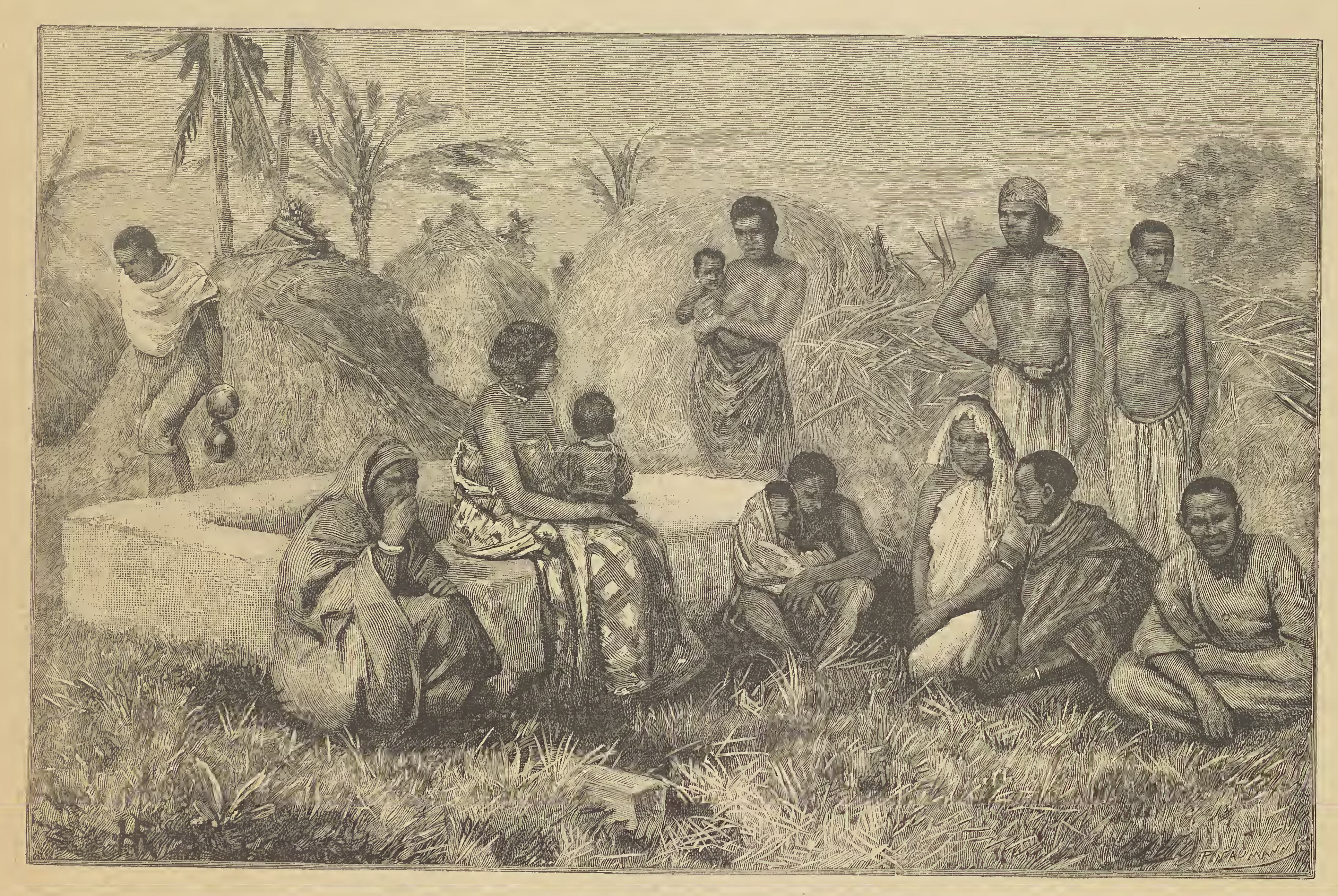
REFRIEGA EN EL PAIS DE MAJAMBONI EL 11 DICIEMBRE 1887. QUEMA DE PUEBLOS

(Copia de un croquis del teniente Stairs)

orilla opuesta. A eso de las cuatro de la tarde, algunos hombres que estaban junto al agua recibieron de pronto una lluvia de flechas de los indígenas que en el otro lado estaban ocultos en una espesura de matorrales. Al oir los blancos el fuego de carabina de los zanzibaritas, corrieron hacia el río, y el teniente Stairs se puso al frente de una partida embarcada en un bote. Cuando avanzaba para desalojar al enemigo, y hallándose á la mitad de la corriente, fué peligrosamente herido más abajo del corazón por una flecha envenenada. El cirujano Mr. Parke le prestó al punto el auxilio necesario. Seis ó siete de los zanzibaritas quedaron heridos, y por efecto del veneno, murieron del tétanos; mas el teniente Stairs se restableció por fortuna, aunque el pedazo de flecha que se rompió en la herida no se pudo extraer hasta catorce meses después. Este incidente produjo mucha tristeza en los expedicionarios.

EL «CAMPAMENTO DEL HAMBRE»

El 5 de octubre, la expedición, debilitada por falta de alimento, llegó á una gran catarata infranqueable situada más abajo de la confluencia de los dos ríos Ihuru é Ituri. Mr. Stanley envió varios hombres para ver en qué condiciones se hallaba el primero de aquéllos, y al volver dijeron que en una considerable extensión era del todo impracticable para los botes ó las canoas. Mr. Stanley resolvió entonces que se sumergieran estas últimas, y que se sacase del agua el bote de acero para desmontarlo, disponiéndolo todo á fin de avanzar al día siguiente tierra adentro. Los expedicionarios padecían hambre por la escasez de raciones, pues la falta de víveres era terrible, repartiéndose cuidadosamente las pocas bananas que se encontraban. Una especie de haba pequeña, ó una nuez del tamaño de una peseta, era el comestible más común, pero apenas servía de alimento. Muchos hombres tenían tales úlceras, que no les era posible andar, por lo cual se les condujo á las canoas juntamente con sus cargas; pero entonces suscitóse la cuestión sobre lo que se debería hacer con ellos. Después de un largo debate, resolvióse formar allí mismo un pequeño campamento, donde quedarían todos los enfermos con sus fardos bajo la vigilancia del capitán Nelson, que no podía andar á causa de las úlceras de los pies. También se decidió que, siendo el único alimento el fruto de una planta trepadora llamada *mabungu*, y algunos hongos, siete ú ocho jefes de Zanzíbar fueran enviados á un campamento árabe, situado solamente á tres días de marcha, para obtener allí algunos comestibles y entregarlos al capitán Nelson. Mas ¡ay! aquellos pobres hombres hubieron de pasarlo muy mal, pues no llegaron al campamento árabe hasta mucho después de haberse presentado Mr. Stanley con su columna. Durante veinte días anduvieron extraviados, y Dios sabe lo que hubiera sido de ellos á no ser por Mr. Stanley, quien dió orden á Uledi, patrón del bote, para que fuera á buscarlos. Cuando se les encontró estaban casi muertos de hambre.



TIPOS DE LA GENTE DE EMIN BAJÁ EN WADELAI

(Fotografía tomada en el campo de Bagamoyo)

El 6 de octubre la columna emprendió la marcha, dejando atrás cincuenta y cinco hombres, un oficial blanco y ochenta y siete cargas. Esperábase recibir víveres en el campamento á los nueve días. Al siguiente de haber marchado la columna, el capitán Nelson mandó buscar una canoa, y envió á veinte de los hombres más robustos para ver si encontraban algunos víveres en varias plantaciones abandonadas que se habían visto dos ó tres días antes. Al marcharse la columna, el teniente Stairs dió un anzuelo al capitán Nelson, y éste pudo pescar un pececillo de unas cuatro pulgadas de longitud, que con una taza de te constituyó todo su alimento aquel día. Muy pronto la muerte se ensañó en los pobres zanzibaritas, y en los primeros días apenas pasaba uno sin que sucumbieran dos ó tres. Varios desertores de la columna llegaron diciendo que sus padecimientos eran horribles y que había habido encarnizada lucha con los indígenas. El aspecto que entonces presentaba el campamento era espantoso, y por doquiera veíanse muertos ó moribundos. A los primeros arrojábanlos en un principio al río, pues nadie tenía fuerza para abrir una fosa; pero después fué necesario dejarlos, porque los vivos estaban demasiado débiles para arrastrar los cuerpos. El noveno día pasó sin que llegara el prometido auxilio, y después otro y otro, hasta que al fin, el 29 de octubre, Mr. Jephson llegó con cuarenta zanzibaritas y treinta manyemas del campamento árabe, llevando algunos víveres. De los cincuenta y cinco hombres que habían quedado en el campamento, y cuyo número ascendía á sesenta con los desertores de la columna, solamente ocho estaban en disposición de marchar, y de estos no llegaron más que cinco al campamento árabe. El capitán Nelson, convertido en un saco de huesos, apenas conservaba ya una onza de carne. La pérdida total fué espantosa.

LA SALIDA DEL BOSQUE

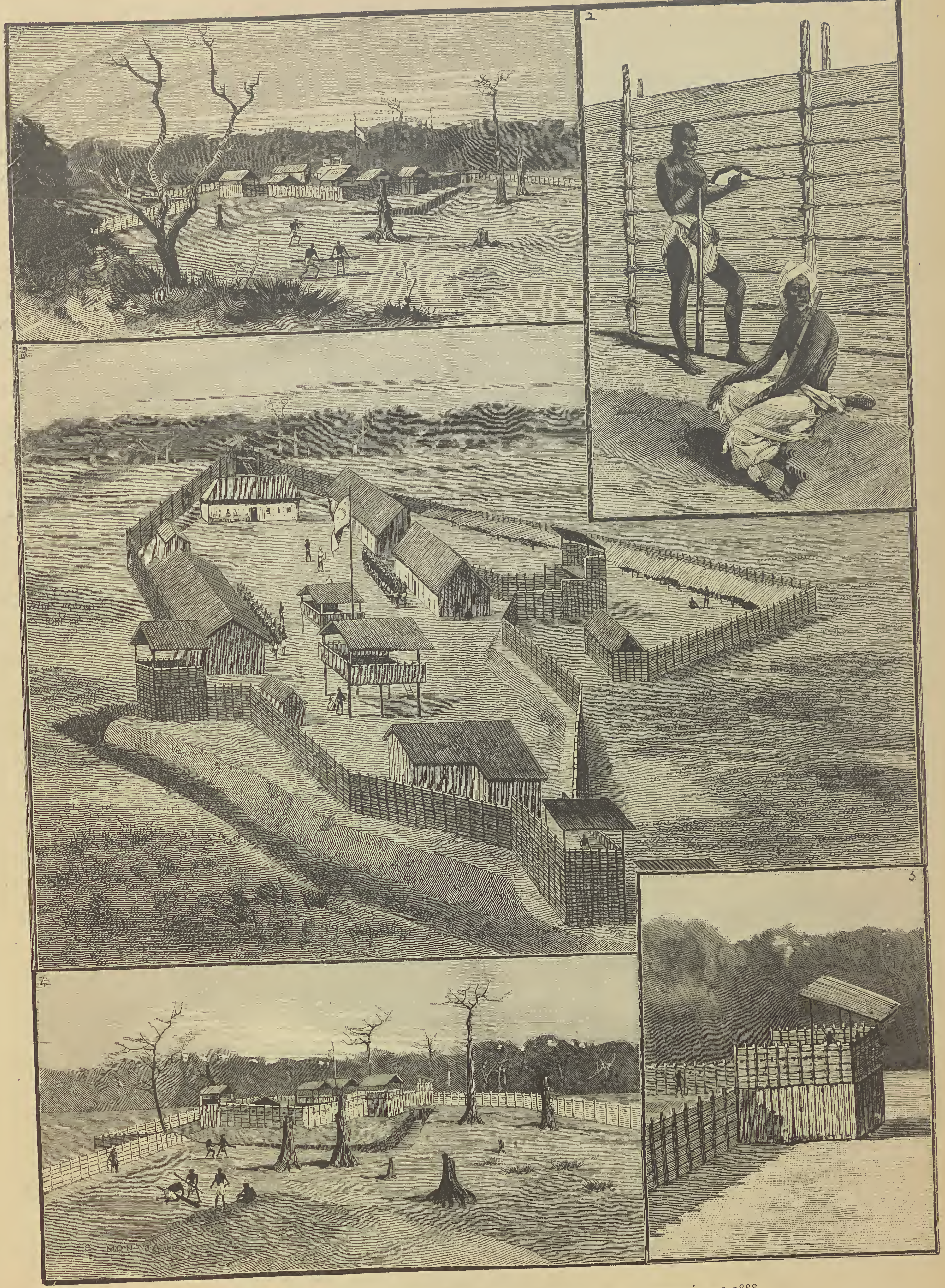
«Hacia principios de diciembre de 1887, la expedición llegó á la orilla oriental del inmenso bosque donde estuvo abriéndose paso desde el 28 de junio. Por fin salía al país descubierto. A los que no han pasado por semejante selva, tal vez les parezca extraño que todos se regocijasen mucho; mas para nosotros, que tanto tiempo habíamos estado en ella, oyendo decir continuamente que las llanuras estaban próximas, sin verlas nunca, aquel día fué uno de los más felices de la expedición. Habíamos tardado 160 días en llegar desde Yambuya al punto donde nos hallábamos, y durante este tiempo no habíamos visto más que cielo, agua y selva. Ya no era necesario abrirnos camino á cada paso, ni tampoco cruzar por cenagosas charcas; el terreno estaba cubierto de altas hierbas, y pronto tendríamos caza y ganado. Efectuamos una buena marcha de nueve millas, y se acampó por primera vez desde que salimos de Kinshassa en el Congo.»

LA LUCHA CON MAYAMBONI

«Algunos días después de haber salido la expedición del bosque, penetró en el país perteneciente á un jefe llamado Mayamboni. Los naturales, en vez de huir al acercarnos, comenzaron á reunirse en los flancos de las colinas, cerca de nuestra línea de marcha, evidentemente con la intención de atacarnos. Muy pronto fué indispensable ocupar una fuerte posición, porque el peligro se hacía cada vez más inminente; y en su consecuencia ocupamos la cumbre de una colina, construyendo allí una especie de empalizada con *mimosas*, que nos permitiría resistir el ataque y castigar á los indígenas. Esta colina, completamente aislada, hallábase en un ancho valle, en cuyo centro deslizábase una corriente de agua, dificultando el paso. Toda tentativa para granjearnos la amistad de los indígenas había sido siempre infructuosa, y por lo tanto no se pensó en otra. Después de algunos ataques simulados por parte de los guerreros de Mayamboni contra nuestra posición, destacáronse dos partidas al mando de Mr. Jephson y el teniente Stairs respectivamente: esta última marchó hacia el Norte á través del valle, y al pasar por éste, sufrió el fuego de una multitud de indígenas ocultos en los platanares; pero después de haber franqueado la corriente desalojóse al enemigo y se quemaron los pueblos que allí tenía. La partida mandada por Mr. Jephson, siguiendo la dirección Nordeste, volvió por otro camino, después de incendiar todas las chozas que encontró al Este de nuestra posición. Esto produjo el efecto deseado: poco después vimos numerosos indígenas que se retiraban por detrás de las colinas hacia el Norte, y al día siguiente pudimos avanzar hacia el lago sin sufrir ninguna otra molestia.»

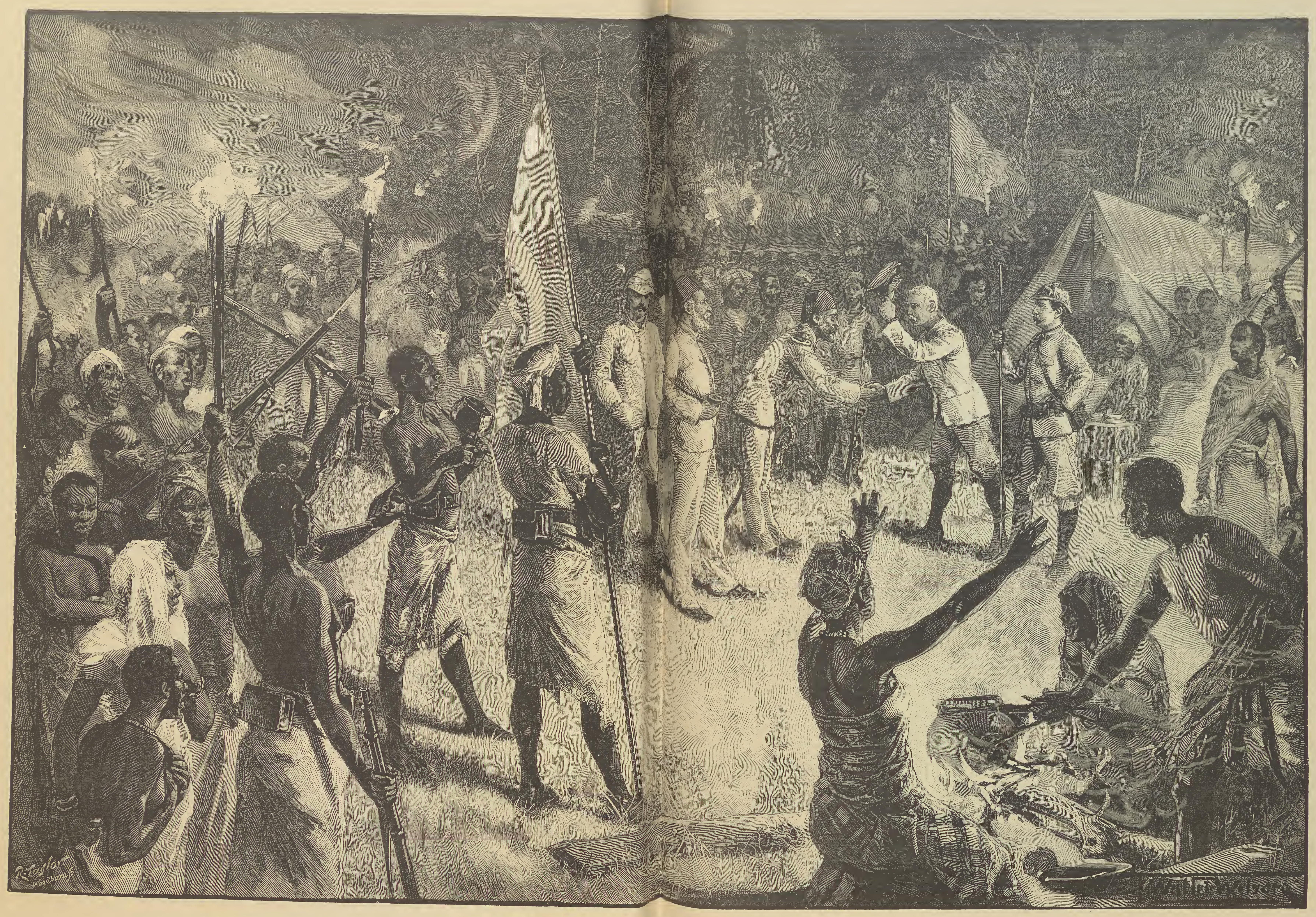
VISTA DEL ALBERTO NYANZA

Al día siguiente la expedición se hallaba en la cumbre de las colinas que dominan el lago Alberto Nyanza. «A eso de las once de la mañana del 12 de diciembre de 1887, escribe Mr. Stanley, nos habíamos detenido para almorzar. Sabíamos que el lago debía estar cerca, pero todos dudaban de nuestras afirmaciones respecto á que veríamos el Nyanza y Unyoro, imaginando muchos que nos habíamos perdido, sin saber ya dónde estábamos. Poco después de almorzar, un prolongado y ruidoso grito nos anunció que ocurría algo importante; corrimos presurosos,



FUERTE BODO, IBWIRI, CONSTRUIDO PARA DEPÓSITO DE RESERVA DE LA EXPEDICIÓN EN 1888

1. Vista exterior del fuerte Bodo en Ibwiri, al mando del teniente Stairs.
2. Empalizada del recinto, ó *boma*, construída con tablas fijas entre postes rectos
3. Interior del fuerte Bodo á vista de pájaro, con cabañas y plataformas.
4. Otra vista del exterior con terrenos plantados y foso al rededor del fuerte.
5. Una de las cuatro torres que flanqueaban el fuerte.



ENCUENTRO DE EMIN BAJA Y MR. STANLEY, EN 29 ABRIL 1888, EN KAVALLI, JUNTO AL LAGO ALBERTO NYANZA

DE UN CROQUIS HECHO POR UN OFICIAL DE LA EXPEDICIÓN

y muy pronto divisamos las aguas del Nyanza. Debajo de nosotros, á la profundidad de 2.500 pies, y á unas diez millas, veíase el punto marcado en todos los mapas con el nombre de Kavalli; al otro lado del lago, cuya anchura es aquí de unas nueve millas, elevábanse las rocas de Unyoro, tal vez á 1.200 pies sobre sus orillas. Nuestros hombres, que tan á menudo habían dudado de las palabras del jefe, saltaban ahora de alegría. Es verdad, decían; al fin hemos llegado, aquí está el Nyanza; no nos hemos perdido. El Muzungu (hombre blanco) no engaña.» Después de reposar un poco en la cumbre comenzamos á bajar hacia la llanura, perseguidos de cerca por un grupo de cincuenta indígenas, hasta que las sombras de la noche comenzaron á extenderse. Entonces construimos un *boma*, ó recinto, desapareciendo nuestros perseguidores entre las tinieblas.

EL FUERTE BODO, IBWIRI

Hacia fines de diciembre de 1887, llegada la expedición al Nyanza, y no siendo posible ponerse en comunicación con Emín Bajá, resolvióse volver á la selva, escoger alguna buena posición y construir un fuerte. Al efecto se eligió el pueblo de Ibwiri, y en 7 de junio de 1888 dióse principio á los trabajos.

Mientras los unos buscaban largas pértigas, palos y tablas, de las que usan los naturales para edificar sus pueblos, los otros cortaron bejucos á fin de utilizarlos como cuerdas; en tanto que varios hombres abrían hoyos para plantar los postes. Después de colocados en posición, encajáronse las tablas, asegurándolas fuertemente, y así se obtuvo una barrera de diez pies de altura á prueba de flecha, que rodeaba toda la posición. Además se erigieron cuatro torres, á fin de dominar las cercanías, y se abrió un foso de ocho pies de anchura por siete de profundidad, adoptándose todos los medios posibles para asegurar la posición contra una sorpresa. Se quiso también tener un depósito de cereales, y con este fin se labró un espacio de terreno, plantando allí trigo y habas.

Lo que más nos molestaba eran las excursiones nocturnas de los elefantes, que á veces destrozaban considerables espacios llenos de plátanos, y esto en una sola noche, de modo que se necesitó una guardia de diez y seis hombres para ahuyentar á los colosos.

Otra causa de disgusto para la guarnición eran los huracanes devastadores, que barriendo las cosechas, disminuían la cantidad de trigo en los graneros. Fué preciso además tener centinelas día y noche, pues de lo contrario, los indígenas que nos acechaban hubieran pegado fuego al fuerte. Cuatro ó cinco veces acercáronse durante la noche para robarnos trigo y tabaco. Por la parte del Norte, á distancia de unas seis millas, los wambutti ó enanos, que apenas alcanzan cuatro pies de estatura, y se distinguen por su amor á la rapiña, tenían varios campamentos ocultos. En el fuerte hacíamos cerveza y jarabe con las bananas maduras, que eran muy buenas. Se conservó la posición de Bodo hasta el 22 de diciembre de 1888, en cuyo día debíamos dirigirnos al lago Alberto; pero como se viera que había demasiados enfermos y fardos, se construyó otro fuerte en el río Ituri, ocupándolo por espacio de seis meses. Llegado al fin el día de la marcha, casi todos los pacientes hallábanse restablecidos, gracias á la solicitud del médico Parke. Salimos de la selva el 13 de febrero de 1889, todos con el firme propósito de no volver á los parajes en que habíamos pasado por tan rudas pruebas.

ENCUENTRO DE STANLEY Y EMÍN BAJÁ

La entrevista de Mr. Stanley con Emín Bajá en las orillas del lago Nyanza, se verificó el 29 de abril de 1888, en cuyo día llegó un correo con una carta de Mr. Jephson manifestando á Mr. Stanley que Emín Bajá llegaría en su vapor á la extremidad Sud del lago. Inmediatamente dióse la orden de levantar el campamento y avanzar hacia las orillas para esperar allí la llegada de Emín Bajá. Hízose alto en una eminencia situada frente á la isla de Nzamsassie, y así blancos como negros empinábanse, ansioso cada cual de ser el primero en ver el vapor. Casi á la hora de ponerse el sol, Mr. Stanley consiguió, con ayuda de sus gemelos, divisar el barco, á unas siete millas de distancia. Todos los individuos de la expedición profirieron entonces gritos de alegría, diciendo que pronto verían al hombre por quien habían sufrido tanto. A las siete de la noche el vapor ancló, y poco después el Bajá, el capitán Casati, Mr. Jephson y demás acompañamiento saltaron á la orilla, donde fueron recibidos por el médico Parke y una escolta. Como ya estaba oscuro, los zanzibaritas encendieron teas para alumbrar el camino hasta el campamento, que solamente distaba unas doscientas varas. Mr. Stanley recibió allí á los distinguidos viajeros, acogiéndolos de la manera más cordial y amistosa. Sus hombres, muy entusiasmados, aclamaban al Bajá, mientras que los nubios devolvían el cumplido de la manera que acostumbran con gritos y gesticulaciones. Emín Bajá, que vestía un traje blanco, dió las más expresivas gracias á los ingleses por el auxilio de su expedición.

REBELIÓN DE LAS TROPAS DE EMÍN BAJÁ EN EL NILO

En la historia algo complicada de los acontecimientos relacionados con esta expedición, ofrecen diferente y marcado interés aquellos en que tuvo parte Mr. Jephson, el único individuo de la expedición que llegó á las estaciones egipcias ocupadas por Emín Bajá en el Nilo, al Norte del lago Alberto. Mr. Jephson fué quien durante muchos meses presenció las últimas luchas de Emín Bajá contra los traidores y falsos egipcios y árabes, que promovieron el motín de una gran parte de las guarniciones sudanesas que estaban bajo su mando. Mr. Jephson y Emín Bajá estuvieron á punto de morir á manos de aquellos rebeldes, y desde el 20 de agosto de 1888 hasta noviembre quedaron prisioneros en Dufilé, sin saber cuál sería su suerte, dudando si se les entregaría al Mahdi, cuyo ejército se acercaba, ó si se les daría muerte. Ningún otro europeo se encontraba cerca de allí entonces, y no podían recibir auxilio directo de Mr. Stanley, que había abandonado la orilla occidental del lago Alberto Nyanza. Los datos de Mr. Jephson son por lo tanto únicos en la historia de los hechos ocurridos, y pueden considerarse, bajo diferente punto de vista, como último capítulo de la caída del Gobierno del Sudán, como el desenlace de todos aquellos memorables conflictos que comenzaron en 1882 con la elevación del Mahdi al poder, y los cuales comprenden la destrucción del ejército de Hicks Bajá en el Kordofán, la misión del general Gordon, el sitio de Khartum, la expedición de lord Wolseley, la toma de aquella ciudad, la muerte de Gordon en enero de 1885; las repetidas batallas con Osmán Digma, y todos los demás incidentes ocurridos durante los últimos ocho años. La provincia ecuatorial del Sudán, largo tiempo gobernada por Emín Bajá lealmente en favor del Khedive de Egipto, comprendía los países de los Bari, Shuli, Latuka, Fatiko, Shilluk, Moru, Madi ó Amadí y Makraka, juntamente con ambas orillas del Nilo superior, descubierto por Baker en 1863. Siete años más tarde, el descubridor fué nombrado por el Khedive de Egipto, Ismail Bajá, para administrar la región Sud hasta el lago Alberto Nyanza, y suprimir el tráfico de esclavos, en cuyas funciones sucedióle el general Gordon en 1874 en clase de gobernador. Como la capital de este último estaba en Khartum, confirió á Emín Bajá (Dr. Schnitzer) el cargo de administrar la provincia ecuatorial en 1878. Las estaciones fundadas por Baker y Gordon á lo largo de las orillas del Nilo eran: de Norte á Sud, Lado, que tenía á Gondokoro por capital; Rejaf, Beden, Muggi, Chor Ayu, Dufilé y Wadelai; más allá de éstas había otras estaciones en la extremidad Norte del lago Alberto Nyanza. En 1888, Emín Bajá conservaba todavía el mando de todas aquellas, excepto Lado, de la cual se apoderaron las fuerzas del Mahdi.

EL MOTÍN EN LABORÉ

El siguiente relato es una narración exacta de los incidentes ocurridos en Laboré, que fueron el principio de la rebelión:

«Después de abandonar las estaciones del Norte de Kirri y Muggi, Emín Bajá y Mr. Jephson llegaron el 12 de agosto á Laboré. Mr. Stanley había aconsejado que el segundo visitara todas las estaciones de la provincia, para leer en cada una de ellas al pueblo las cartas que llevábamos de S. A. el Khedive y Nubar Bajá en Egipto, y Mr. Jephson llevaba también una proclama de Stanley á los soldados. El jefe de la estación de Laboré era un tal Surore Aga, esclavo sudanés que había ascendido al grado de capitán en el ejército egipcio. El Bajá no tenía en él confianza alguna, porque era uno de esos hombres fanáticos é ignorantes que aborrecen á todos los que no son mahometanos. Los hechos demostraron que la desconfianza del Bajá no carecía de fundamento.

»En la tarde del 13 de agosto, los oficiales, soldados y funcionarios de la estación se reunieron para recibir al Bajá y á Mr. Jephson y tomar conocimiento del contenido de las cartas y proclama leídas en las otras estaciones. Se notó que, mientras Mr. Jephson dirigía la palabra á los allí reunidos, varios de ellos, en vez de prestar atención, hablaban entre sí, manifestando todos en sus fisonomías cierta expresión de incredulidad. Después de leerse las cartas, un corpulento soldado sudanés, saliendo de las filas, gritó en voz alta: «Todo cuanto se ha dicho »es falso; no llegáis de Egipto, y esas cartas son falsifica»das.» Después añadió que el Bajá y Mr. Jephson habían propalado muchas mentiras por toda la provincia, pues si la carta leída hubiera sido del Khedive, se habría dado orden á los soldados para que marcharan á Egipto, en vez de decírseles que podían permanecer donde quisieran.

»El Bajá cogió al soldado por el cuello, y quiso arrancarle la carabina de las manos, llamando al mismo tiempo á tres de sus ordenanzas para que le llevaran á la cárcel. Entonces siguióse una confusión indescriptible; los soldados profiriendo gritos y blasfemias, rodearon al Bajá y á Mr. Jephson, cargaron las armas y apuntáronselas; el tumulto fué espantoso, y durante un rato nadie hubiera podido decir cómo acabaría. Algunos soldados se abalanzaron sobre el Bajá y separáronle de su compañero; pero entonces aquél desenvainó su espada para defenderse, mientras que varios oficiales se interponían entre su persona y la soldadesca. En aquel instante una voz gritó que los ordenanzas del Bajá trataban de apoderarse de las municiones, sacándolas del almacén, y entonces todos corrieron al polvorín, dejando solo á Emín. Los oficiales habían hecho cuanto les era posible para calmar los ánimos, pero sin conseguir nada, porque los soldados estaban furiosos. Si á uno de éstos se le hubiera escapado el tiro cuando apuntaba con su arma, seguramente habría resultado un drama sangriento, sin que fuera ya posible poner coto al tumulto.

»La conducta de algunos de los que acompañaban al Bajá fué curiosa durante los primeros minutos del motín: Rajab Effendi, secretario del Bajá, se ocultó detrás de un árbol, donde se le encontró después sin conocimiento; Araf Effendi, joven circasiano, corrió á esconderse debajo de una cama en la cabaña de Selim Bey, diciendo que el Bajá y Mr. Jephson acababan de ser asesinados, y varios negros comenzaron á gritar como una bandada de cornejas. En cambio, Vita Hassan, farmacéutico del Bajá, judío de Túnez, al ver lo que pasaba, corrió á casa del Bajá para llevarle su revolver. Los ordenanzas de aquél y de Jephson, así como un chico llamado Binza, se condujeron también con valor, sirviendo de mucho para aquietar los ánimos.

»Este fué el principio de la rebelión. Una semana después, al volver de las estaciones del Norte Emín Bajá y Mr. Jephson, quedaron prisioneros en Dufilé en virtud de una órden de Fadl el Mulla Aga, que había usurpado la autoridad en la provincia. Fueron acusados de conspiración contra el Khedive y su pueblo, y de tratar á sus oficiales con injusticia.»

LECTURA DE LA CARTA DEL KHEDIVE ANTE LOS OFICIALES REBELDES

Los amotinados habían enviado á buscar á varios oficiales rebeldes de Rejaf, Beden, Makraka, Kiri, Muggi, Laboré y las estaciones del Sud, para reunirlos en Dufilé, á fin de examinar el asunto del Bajá. Llegados todos estos oficiales, celebróse un largo consejo en el diván y llamóse á varios testigos para que declararan contra el Bajá. Se interrogó á los tres ordenanzas de Mr. Jephson, y amenazóseles con encadenarlos si no decían la verdad. Prestaron su declaración con toda lealtad, diciendo á los rebeldes que habían venido con la expedición de Mr. Stanley en virtud de una orden de Effendina (el Khedive), y enseñaron á los oficiales sus carabinas, marcadas con la media luna y la estrella, para demostrar que eran soldados egipcios. Los oficiales preguntaron entonces dónde tenían sus uniformes, á lo cual se les contestó que se habían estropeado en el camino. Después se mandó á los ordenanzas hacer un poco el ejercicio, para ver si eran realmente soldados, y como la ejecución fué buena, se les dejó libres. Hecho esto, un oficial fué á la casa de Mr. Jephson para intimarle que se presentara al consejo.

Al saberse el resultado de la primera sesión del consejo de guerra comenzó á observarse mucha excitación, y reunióse una considerable multitud para ver á los testigos en el momento en que los centinelas los conducían. Fadl el Mulla Aga y Ali Aga Djabor, el último jefe de Rejaf, que también se había rebelado, fueron elegidos presidentes del consejo. Este hombre había tratado algunos meses antes de poner preso al Bajá, y por espacio de tres años no quiso reconocer su autoridad. Habíase establecido en Makraka, donde vivía como jefe de bandidos, haciéndose temer de todos por sus actos de violencia.

Al entrar Mr. Jephson en el diván, los oficiales y otros funcionarios le saludaron, y Fadl el Mulla le presentó á todos, incluso á Sheik Mooragan, el primer sacerdote, y también el más redomado bribón de la provincia, uno de los primeros que se pasó á los mahdistas. Mr. Jephson fué interrogado después minuciosamente sobre la expedición, su origen y objeto, y se le hizo referir toda la historia, desde el principio hasta el fin, pero interrumpiéndole continuamente los oficiales con sus preguntas y exclamaciones de incredulidad. Nadie dió crédito á cuanto expuso, alegando los oficiales que si la expedición procediera de Egipto, el Khedive habría enviado algunos oficiales de aquel punto con ella; y además de esto, los parientes que tenían en aquel país les hubieran escrito seguramente, enviando sus cartas con Stanley.

Mr. Jephson presentó entonces la carta del Khedive, entregándosela á Fadl el Mulla, y un empleado de la estación la leyó en alta voz ante todos los oficiales. Después de hacerse varios comentarios sobre el escrito, de carácter dudoso, envióse á buscar algunos nombramientos del Khedive, que tenían la firma del mismo, y se comparó detenidamente con la de la carta.

Durante un minuto ó dos, los que hacían el examen parecieron inciertos, y después, el que tenía la carta en la mano arrojóla á los pies de Mr. Jephson, exclamando: «¡Este escrito está falsificado, y tanto vos como vuestro amo sois unos impostores!» Siguióse á esto gran confusión, porque todos hablaban á la vez, y á la misma presencia de Mr. Jephson se concertó un plan que tenía por objeto apoderarse de Mr. Stanley cuando volviese al lago, despojarle de todas sus armas, víveres y municiones, y obligarle á marchar solo para que pereciera. Mr. Jephson fué conducido después á su casa, y así terminó la primera sesión del consejo de guerra.

PRISIÓN DE EMÍN BAJÁ Y MR. JEPHSON

El género de vida de Emín Bajá y de Mr. Jephson durante su prisión no fué nada agradable. Los oficiales rebeldes que iniciaron la revolución habíanse conducido al principio algo discretamente, pero á medida que pasaba el tiempo, las disputas entre ellos mismos se reproducían de continuo. Las mañanas dedicábanse á tratar los asuntos de la provincia, pero las noches se consagraban á la embriaguez y al libertinaje. De vez en cuando llegaban

MR. JEPHSON LEYENDO LA CARTA DEL KHEDIVE ANTE EL CONSEJO DE LOS OFICIALES REBELDES EN DUFILÉ

LA PRISIÓN DE EMIN BAJÁ Y MR. JEPHSON EN DUFILÉ DESDE AGOSTO Á NOVIEMBRE DE 1888

á oídos de los prisioneros toda especie de rumores respecto á su futura suerte, y al fin se acordó llevarlos encadenados á Rejaf. No se perdonó á ninguno de los que eran amigos del Bajá, y redújose á prisión á cuantos se conocían.

Los dos prisioneros europeos estaban encerrados en un recinto de unos noventa pies en cuadro, circuído de una elevada barrera. Había en el interior seis chozas, una ocupada por el Bajá, otra por Mr. Jephson, una tercera por Vita Hassan, dos destinadas á cocina, y la última para almacén. Los prisioneros tenían pocos libros, tal vez media docena, que debían leer y releer una docena de veces. Desde la mañana hasta la noche no había nada que hacer, como no fuera hablar de los diversos rumores y noticias que á veces llegaban hasta allí. Algunos empleados se presentaban ciertos días con diversas cartas para que las firmase el Bajá, refiriéndose todas ellas á su deposición. A Mr. Jephson se le permitió ir á la Estación, pero siempre seguido de dos centinelas, que vigilaban sus movimientos y daban cuenta de todo á los rebeldes. El prisionero se aprovechaba rara vez del permiso, porque la gente de la Estación era á menudo muy agresiva. Sin embargo, érale forzoso ir más de lo que hubiera querido para buscar alimento, porque los rebeldes lo interceptaban todo, permitiendo solamente que se pasara un poco de trigo. A los criados se les insultaba de continuo, y los prisioneros sufrían toda clase de humillaciones.

El Bajá estaba muy abatido, y á veces parecía imposible distraerle de su melancolía. Así pasaron días y días hasta que el pueblo de Dufilé se electrizó con la noticia de que las tropas del Mahdi avanzaban de nuevo, y esta vez quemándolo toda para vengar su primera derrota; la posición de los prisioneros parecía desesperada, y constantemente recibían noticias sobre los desastres sufridos por los súbditos del Bajá. No podían batirse, ni tampoco se les permitía retirarse; se debían limitar á esperar con paciencia el último golpe. Los oficiales rebeldes, desesperados, y sin saber qué partido tomar, apelaron al fin al Bajá para pedirle consejo; pero en la lucha para recobrar á Rejaf, Ali Aga Djabor y algunos de los más encarnizados enemigos del Bajá fueron muertos; mientras que los de más oficiales, alarmados por lo que había sucedido, enviaron á Emín y á Mr. Jephson como prisioneros á Wadelai. Habían estado detenidos tres meses en Dufilé.

EMÍN BAJÁ CONSIENTE EN RETIRARSE

En diciembre de 1888, Emín Bajá y Mr. Jephson, puestos en libertad después de haber sido algún tiempo prisioneros de los rebeldes, salieron de Wadelai, en el Nilo, con dirección á Tunguru, una de las estaciones egipcias del lago Alberto Nyanza, donde Mr. Jephson pudo escribir á Mr. Stanley, que estaba en Kavalli, manifestándole el estado de los asuntos; pero más tarde, en 6 de febrero, pudo ir en persona á verle; y le dijo que el único obstáculo para salvar la situación era la repugnancia de Emín Bajá á separarse del pueblo sudanés, al que tanto tiempo había administrado. Aunque Emín no era militar, había defendido hábilmente las estaciones egipcias contra los ataques del Mahdi y sus aliados, administrando durante diez años una gran provincia con los mejores resultados, pues mantuvo siempre el orden, favoreciendo la industria; mejoró la condición del país y de los naturales; y confió en la lealtad de las tropas negras sudanesas, cuyo agradecimiento y abnegación mereció siempre. Los traidores que contra él conspiraron fueron algunos de los egipcios y coptos que desempeñaban cargos civiles, y varios de los oficiales militares árabes, es decir la misma clase de hombres que fueron traidores para Gordon; y es opinión general que Emín debió haber procedido severamente con esos promovedores de la rebelión, mientras pudo hacerlo, en vez de tolerar sus abusos é insolencia. Cuando Mr. Jephson acompañó á Emín Bajá á Wadelai, en abril de 1888, supo que 700 hombres del primer batallón de tropas se habían rebelado hacía tiempo contra la autoridad del Bajá, intentando dos veces cogerle prisionero; mientras que el segundo batallón, compuesto de 650 plazas, aunque al parecer leal, habíase insubordinado. Ya no le quedaba á Emín apenas autoridad alguna, pues si necesitaba algo, le era necesario pedirlo por favor á sus oficiales en vez de mandarlo. La rebelión y los acontecimientos ocurridos en agosto y meses siguientes fueron consecuencia natural de esta falsa posición; y no sabemos si se deberá admirar ó censurar la inexplicable benevolencia de Emín, después de ser tratado como lo fué por la soldadesca rebelde. Emín Bajá pensó en salvar al pueblo y á las familias de toda clase de atropellos, sin cuidarse nunca de sí mismo; y seguramente, lo que más le preocupaba era la suerte de las mujeres y los niños, que tal vez serían reducidos á la esclavitud por el Mahdi. Con rara generosidad, é impulsado por el más humanitario sentimiento, aquel hombre notable se negó á huir inmediatamente, á menos de llevar consigo el mayor número de familias y su propiedad, poniéndolas bajo la protección de Mr. Stanley.

Con este objeto fué á verle en Kavalli el 17 de febrero, y los dos tuvieron una conferencia, á la cual asistieron también Selim Bey, otros siete oficiales egipcios y el capitán Casati, habiéndose reunido allí ya un corto número de indígenas que deseaban huir. Después de discutir extensamente, acordóse la retirada de Emín Bajá, fijándose el 10 de abril para emprender la marcha. Mr. Stanley tenía motivos para sospechar una trama de los oficiales árabes, y por eso exigió á Emín Bajá declarase formalmente que exterminaría á todos cuantos tomasen parte en cualquiera conspiración. Procediendo así, Mr. Stanley no había hecho más que cumplir con su deber, librando al Africa Oriental de una caterva de bribones, último resto de esa vil cohorte que ha sido la ruina del dominio egipcio en el Sudán.

RETIRADA DESDE EL LAGO ALBERTO NYANZA

El 10 de abril de 1889, con toda puntualidad según se había acordado, y sin esperar ya más fugitivos del Sudán, por haberse concedido el plazo de un año, ó poco menos, Mr. Stanley emprendió su larga y penosa marcha desde Kavalli, por un camino tortuoso, á fin de evitar en lo posible la aproximación al dominio de un temible enemigo, Kabrega, rey de Unyoro. En su consecuencia flanqueó este territorio por la parte occidental á través del país de Warasura, hacia el valle del Semliki y las altas montañas situadas al Sud de Ituri, desde donde podría tomar la dirección Sudeste hacia las estaciones situadas en la orilla del Victoria Nyanza. Bajo aquellas circunstancias, este era probablemente el camino más seguro, aunque no el más corto, para ganar el camino de Zanzíbar, ó más bien Bagamoyo, puerto opuesto á la isla de aquel nombre en la costa del Africa Oriental, al cual se llegó á principios de diciembre.

Cuando la expedición dejó al fin el lago Alberto Nyanza, resultó que el cálculo de Emín Bajá sobre el hecho de tener en el Sudán diez mil personas á su cuidado, á las cuales sería necesario proteger hasta llegar á la costa, era un extraordinario error. Muy pocos soldados negros sudaneses, con sus numerosas familias, se hallaron dispuestos á dejar el país. El número total de fugitivos reunidos en Kavalli el 10 de abril ascendía á 514, de los cuales 134 eran hombres, contándose 84 mujeres casadas, 187 sirvientas ó esclavas, 74 niños de más de diez años y 35 de menos de dos. Emín Bajá deseaba que se buscasen cabalgaduras para las mujeres; pero Mr. Stanley le dijo que les aprovecharía más andar; y debe observarse que en los viajes por el Africa las jornadas no suelen ser más que de diez millas por día. Selim Bey, coronel del ejército de Emín Bajá, había ido á buscar 200 de sus hombres, que en su concepto se reunirían con los viajeros; pero después escribió cartas insolentes, quejándose de que se tratara de obligar á los soldados á llevar cargas como los demás; y como no se presentó el 10 de abril, Mr. Stanley marchó sin él, dejando recado de que podría seguirlo si lo tenía por conveniente. De los bagajes de los fugitivos encargáronse 350 indígenas, alistados para el servicio de conducción. Shukri Aga, el fiel oficial de la estación de Mswa en el lago, fué el único asistente militar de Emín Bajá que marchó con la Expedición de auxilio.

EL ORDEN DE MARCHA

En primer término iban de diez á quince hombres como guías ó exploradores; seguía Mr. Stanley, montado en un asno, con dos indígenas que llevaban sus armas, y á pocos pasos iba el ordenanza Uledi, llevando la bandera de la expedición, que es la del Khedive y tiene tres estrellas. En segundo término seguía otro jefe con bandera amarilla que tenía inscritos caracteres arábigos; la compañía número 1 seguía de cerca en fila india, componiéndose de los hombres más escogidos de la expedición, yendo detrás Mr. Jephson, que los mandaba. Las compañías 2 y 3 tenían por jefes respectivamente al teniente Stairs y al capitán Nelson; al frente de la 4.ª iba el médico Parke, y tras él los nubios, dirigidos por Mr. Bonny. La hija menor de Emín Bajá era conducida en una hamaca que llevaban dos zanzibaritas de la mayor confianza, siguiéndola su padre, el capitán Casati, el caballero Marco y Hawashi Effendi, mayor al servicio del Khedive. En último término iba la gente del Bajá; los más fuertes avanzaban con paso firme, pero los débiles quedábanse poco á poco atrás, de modo que cuando la columna hacía una larga marcha, los rezagados se hallaban á veces á tres millas de distancia, y no llegaban al campamento hasta tres ó cuatro horas después que la vanguardia. Tal fué el orden de marcha durante algunos meses por un país generalmente abierto, donde no se debían temer hostilidades.

EL CAMINO HASTA LOS LAGOS DEL SUD

Desde las altas tierras de Unyoro, en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza, hay una bajada hasta la orilla Noroeste del lago Alberto Eduardo, donde se halla el distrito de Usongora. Los considerables espacios pantanosos que se extienden entre él y la montaña indican hasta qué punto debió prolongarse el lago en otro tiempo; pero la llanura es un desierto, aunque todas las señales revelan que en alguna época debió estar muy poblado. Las correrías de los waganda y warasura despoblaron después la tierra de los wasongora, dejando sólo un mísero remanente. Aquí la corriente se dirige por el Nordeste á Toro, y después al Sud y Sudeste por el lago de Grant hasta Karagwe y Uzinja hacia el lago Victoria Nyanza. La meseta de Ankori al Sud de Unyampaka, según la describe Stanley, es un extenso país muy poblado; esta meseta se halla á 5.000 pies sobre el nivel del mar, pero las montañas se elevan á la altura de 6.400. Mr. Stanley da detalles de gran interés respecto á las diversas tribus entre las cuales pasó, tribus que están en continua alarma, por temor á las correrías de sus poderosos vecinos. Los wakonju son los únicos indígenas que viven en la montaña, y sus pueblos se encuentran á la altura de 8.000 pies sobre el nivel del mar. Cuando los warasura invaden su país, suben más aún, y llegan casi á la región de las nieves. Las pendientes más bajas de la montaña están muy bien cultivadas por los wakonju, que se hicieron muy amigos de Mr. Stanley y de su gente. Los habitantes de Usongora, según el célebre viajero, son una hermosa raza, y no difieren de los mejores tipos observados en Karagwe, Ankori y entre los wahuma, pastores de Uganda. Los naturales de Toro son una mezcla de la clase superior de negros, algo parecidos á los indígenas de Uganda. Mr. Stanley sostiene que el tipo etiópico (abisinio) está muy diseminado en esas tierras altas del Africa Central. Ruanda, más allá del lago Alberto Eduardo, es evidentemente un hermoso país, con un pueblo que casi iguala al de Uganda por el número y la fuerza. Las notas de Mr. Stanley sobre la geografía física de la región del lago son en extremo interesantes. Si se tira una línea recta, dice, desde la desembocadura del Nilo á partir del Alberto Nyanza en la dirección Sudoeste, se habrá medido la longitud de otra muy extensa de sumersión, de veinte á cincuenta millas de anchura, que se halla entre los 3° de latitud Norte y 1° de latitud Sur, en el centro del continente africano. Al Oeste del mismo hay una tierra alta muy extensa, que se eleva de 1.000 á 3.000 pies sobre el precipicio, hacia el cual baja la pendiente oriental casi perpendicularmente; mientras que el lado occidental se corre en la dirección Oeste hasta las cuencas del Ituri y del Luva. A la derecha, ó al Este, hay otra tierra alta que está de 1.000 á 3.000 pies sobre el precipicio, y que se prolonga por el Este, llegando á la meseta de Unyoro.

En esta sección está el Alberto Nyanza. La sección central del llamado precipicio, de noventa millas de longitud, se compone de la cordillera de Ruwenzori, que se eleva de 4.000 á 15.000 pies sobre el nivel medio de la cuenca del río Semliki. La sección restante de la tierra alta alcanza de 2.000 á 3.500 pies más de altura, componiéndose de la meseta de Usongora, Unyampaka y Ankori. En la sección Sud, cuya longitud no pasa de cincuenta millas, hállanse el lago Alberto Eduardo y las llanuras entre el mismo y la montaña, por lo cual se comprenderá que dicho lago es comparativamente pequeño, no teniendo sino la mitad de la longitud del que está al Norte. La parte del valle del Semliki que se extiende desde el lago por el Sud es muy llana; en el espacio de treinta millas no se eleva más de cincuenta pies sobre el nivel del lago, y según opina Mr. Stanley, su formación es del todo reciente. A cierta distancia al Sud del lago, todo está saturado de humedad, y aun á setenta y cinco millas desde el Alberto Nyanza el valle está á la altura de unos 900 pies sobre el lago, donde termina bruscamente la región de los bosques. Entonces se tiene un nuevo clima, que contrasta singularmente con la húmeda región del Norte.

RUWENZORI

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

El país que se halla entre el lago Alberto Eduardo Nyanza y el Victoria Nyanza, con una línea central de Norte á Sud hacia el 31° de longitud Este, presenta altas cordilleras. Algunas de las cumbres de más elevación que Mr. Stanley había visto solamente desde lejos en sus primeros viajes, fueron designadas con los nombres de Monte Gordon Bennett, Monte Edwin Arnold y Monte Lawson, y con este calificativo señaláronse en el mapa del Africa Central. En junio de 1889, muchos meses después de haber pasado Mr. Stanley á lo lejos de aquellas montañas, y cuando se hallaba en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza con su segundo el teniente Stairs, la expedición, que había avanzado por el Sud á través del país de Unyoro, cruzando el río Semliki, pudo acercarse por el valle de Awamba para examinar mejor aquellas notables formaciones de una región hasta entonces desconocida.

Según la carta del 17 de agosto de 1889 que Mr. Stanley dirigió á la Real Sociedad geográfica, la cordillera del Ruwenzori comprende montañas que se elevan sobre el valle de Semliki, y considéralas idénticas á las que los antiguos llamaron «Montañas de la Luna.» Un geógrafo árabe hace mención de este nombre, y dice que el Nilo nace de esas montañas, un poco al Sud del Ecuador, lo cual resulta ahora ser un hecho probado en cuanto se refiere al brazo occidental del Nilo Blanco superior.

El teniente Stairs, único individuo de la expedición que subió al Ruwenzori hasta la altura de 10.677 pies el 6 de junio de 1889, nos ha facilitado la siguiente descripción:

«Durante siglos las fuentes del Nilo han sido un misterio impenetrable, y muchas de las tentativas hechas para llegar á las que se hallan más al Sud fracasaron completamente. Hemos podido agregar muchos datos á los conocimientos que ya teníamos de esas fuentes, descubriendo una serie de montañas, que desde el SSE. del lago Alberto Nyanza se extienden hacia el Sud y el Oeste, y tuercen luego al Este, formando una media luna bien marcada. A los picos más altos de la cordillera se les da



RUWENZORI «MONTAÑAS DE LA LUNA» – PICO DEL NOROESTE, Á DONDE LLEGÓ EL TENIENTE STAIRS, Y QUE PARECE SER EL CRÁTER APAGADO DE UN VOLCÁN

(De un bosquejo por el teniente Stairs)



EMIN BAJÁ EN CAMPAÑA, COPIA DE UNA FOTOGRAFIA HECHA EN KHARTUM

el nombre de Ruwenzori, aunque las diferentes tribus les aplican otros.

»El paisaje que presentan esas montañas cuando se pasa por su base es de los más magníficos, viéndose allí valles profundos donde reina la más densa oscuridad, y que se elevan desde el bosque, más abajo. El carácter más distintivo de la cordillera es la bien definida forma de los picos ó cimas, que por la parte del Sud presentan casi invariablemente la figura cónica, con pendientes sumamente rápidas, algunas de ellas de cuarenta y cinco grados. Las estribaciones inferiores están cubiertas de bosque ordinario hasta la altura de 6.000 ó 7.000 pies; más arriba hay generalmente un bosque de bambúes que se eleva á 9.500 ó 10.000, y sobre éste, á 1.500 pies más arriba, las faldas de las colinas se hallan cubiertas de brezos, coronando el todo roca desnuda y tierra hasta la cima.

»Una de las particularidades que más llaman la atención en esta cordillera es la gran profundidad de los barrancos entre las estribaciones de las colinas. Aunque las corrientes parten casi desde la cumbre, tienen comparativamente escasa caída, pues sus canales parecen estar cortados directamente en el corazón de las montañas. En algunos puntos, los barrancos por donde esas corrientes se deslizan miden casi de 6.000 á 7.000 pies de profundidad. La altura del punto más elevado de la cordillera es de unos 17.000 pies, contándose unos 2.000 más arriba de la línea de las nieves.

»El país que se extiende al pie de la cordillera es uno de los más fértiles que hemos visto: los plátanos, el trigo indio y las habas constituyen los principales productos de que se alimentan los indígenas.

»La posición de Ruwenzori, según se indica en el nuevo mapa, se halla á menos de 1° Norte del Ecuador, y á los 13° de longitud Este. La cordillera á que pertenece, paralela con el río Semliki, que es el desaguadero del lago Alberto Eduardo Nyanza, y el afluente más al Sud del Nilo, se extiende en la dirección Sudoeste desde un punto de la meseta de Unyoro situado frente á la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza, y tiene unas noventa millas de longitud. Parece extraño que esas montañas, cuya altura es casi de 18.000 pies, y que tienen picos cubiertos de nieve, no fueran visibles para sir Samuel Baker, quien supuso que el Alberto Nyanza se extendía á centenares de millas más lejos por el Sud.

DESDE RUWENZORI AL VICTORIA NYANZA

Dejando la parte del valle del Semliki que se halla más abajo de la cordillera de Ruwenzori, que se llama Awamba, la expedición penetró al segundo día de marcha en



LOS PORTADORES DE MR. STANLEY Á RETAGUARDIA DE LA EXPEDICIÓN CUANDO SE ACERCA Á BAGAMOYO



ÚLTIMA REVISTA DE LA EXPEDICIÓN EN BAGAMOYO, DICIEMBRE 1888



LA CARAVANA DE MR. STANLEY CON EMIN BAJÁ, DESDE MSALALA Á LA COSTA, OCTUBRE 1889

(De un bosquejo por el capitán R. H. Nelson)

Usongora, país que flanquea el lago Alberto Eduardo Nyanza por el lado Norte; y tres días después llegó á la importante ciudad indígena de Kativé. Está situada entre un brazo del Alberto Nyanza y un lago salado de dos millas de longitud, poco más ó menos, por tres cuartos de milla de anchura, que consiste en salmuera pura de color sonrosado, y deposita sal en panes sólidos ó cristales. Era propiedad de los wasongora, pero el valor de su posesión excitó la codicia de Kabrega, rey de Unyoro, quien obtiene por ella considerables beneficios; mientras que Toro, Ankori, Ruanda, Ukonju y otros países se ven obligados á pedir la sal para su consumo. Los warasura huyeron al acercarse la expedición. El camino desde Kativé, que se prolonga por el Este y el Nordeste al rededor de la llanura del Alberto Nyanza que está entre Usongora y Unyampaka, resultó ser el mismo que tomaron los warasura en su presurosa retirada desde el lago salado. Al penetrar en Uhaiyana, que se halla al Sud de Toro, y en las tierras altas, Mr. Stanley había pasado por la parte superior del Alberto Nyanza, ó Golfo de Beatriz, y el camino quedaba libre por el Sud, lo cual no impidió que hubiera otro encuentro con los warasura.

Pocos días después, Mr. Stanley penetró en Unyampaka, que había visitado ya en enero de 1876. Ringi, rey de aquel territorio, permitió á la gente que acompañaba al célebre viajero coger las bananas necesarias para alimentarse.

Después de seguir la orilla del lago hasta que tomaba una dirección demasiado al Sudoeste, los expedicionarios subieron á las tierras altas de Ankori, marchando desde aquí, á través de Karagwé y Uhaiya, en dirección á Uzinja.

Al acercarse al último punto por la orilla Sudoeste del lago Victoria Nyanza, Mr. Stanley hizo otro descubrimiento geográfico: encontró una prolongación de ese inmenso lago africano por la parte del Sudoeste, que le acercaba así á ciento cincuenta y cinco millas del lago de Tanganika; resultando de aquí que la longitud total del Victoria Nyanza es de 270 millas, con un área que se puede apreciar en 27.000 millas cuadradas, mucho mayor que la de ninguno de los lagos de la América del Norte, excepto la del Lago Superior, que es de 32.000. En todos los mapas trazados anteriormente, la orilla de Uzinja seguía la dirección Noroeste; pero Stanley ha descubierto ahora que la supuesta línea de esas orillas, que él había visto en su circunnavegación del lago en 1876, no era sino una serie de islas situadas una detrás de otra y que el lago se extendía mucho más allá de ellas al Sudoeste, debiéndose agregar así unas 6.000 millas cuadradas al área total.

DESDE EL VICTORIA NYANZA A LA COSTA

El 28 de agosto, habiendo continuado su viaje por el Sudeste desde Uzinja hasta el país de Unyamwesi, que está directamente al Sud del Victoria Nyanza, los ojos de los expedicionarios se alegraron al ver una cruz que se elevaba sobre el follaje de una arboleda de bananos, entre los cuales destacábase el tejadillo de paja de una iglesia cristiana. Hallábanse en Msalala, la estación de misioneros del digno Mr. Mackay, uno de los hombres más hábiles y valerosos que trabajan en el Africa para propagar la religión cristiana y la civilización. Mr. Mackay es la única persona que ha quedado en aquel país de todas las que envió á Uganda la Sociedad de Misioneros en 1876; pero dos de sus colegas, el Rev. C. T. Wilson y el Dr. R. W. Felkin, de Edimburgo, han relatado en un libro muy instructivo, *Uganda y el Sudán egipcio*, publicado en 1882, el buen éxito de sus trabajos mientras gobernó el último rey Mtesa. La continuación, escrita por Mr. Ashe, y que vió la luz el año pasado, se titula *Dos reyes de Uganda*. En ella se da cuenta del cambio ocurrido bajo la soberanía del rey Mwanga, de la cruel persecución y matanza de los indígenas convertidos al cristianismo en 1886, del asesinato del obispo Hannington, y de otros deplorables acontecimientos que fueron seguidos de una revolución y de la guerra civil en Uganda, lo cual obligó á Mwanga á huir de su reino. Esto sucedió en octubre de 1888, desde cuya época el rey depuesto ha residido con algunos de sus partidarios en una isla próxima al ángulo Noroeste del lago. Allí espera oportunidad para atacar á su rival Kilema; mientras que los misioneros ingleses Mr. Mackay, C. Gordon, H. Walker y D. Deekes han estado en la extremidad Sud del Victoria Nyanza trabajando tranquilamente. Según las últimas noticias recibidas por un telegrama que el doctor Schweinfurth expidió en el Cairo, Mwanga ha restablecido su autoridad en Uganda y ahora es muy amigo de los cristianos.

Con el valeroso Mackay, según le llama Mr. Stanley, los expedicionarios permanecieron veinte días en Msalala, ocupándose en varios preparativos para continuar el viaje y en recoger las provisiones depositadas allí para su servicio. El 16 de setiembre prosiguió el viaje á través de Usikumu é Ihuru, por el camino ordinario de los traficantes y viajeros, hasta la bien conocida estación de Mpwapwa, que no dista mucho más de ciento cincuenta millas del mar. A este punto se llegó el 10 de noviembre, habiéndose agregado á los europeos en el camino dos misioneros franceses, los padres Girault y Schinze, expulsados de Uganda como Mr. Mackay y sus compañeros.

Doloroso es confesar que al llegar á Mpwapwa el número de los que seguían á Stanley había disminuído considerablemente á causa de haber ocurrido muchas bajas entre los egipcios ó árabes, los zanzibaritas y los negros desde que partieron del lago Alberto Nyanza: de 1.500 hombres apenas quedaban la mitad; los otros, en número de 750, sucumbieron á la enfermedad y la fatiga, excepto algunos individuos, en una marcha de 240 días.

Pero ya llegaba el término de aquel laborioso viaje. A la estación de Mswa, distante tan sólo cinco días de la costa, se llegó el 30 de noviembre, y los expedicionarios encontraron al corresponsal del *New-York Herald*, Mr. Stevens, al mayor Wissman, y al representante alemán. Los viajeros encontraron allí todo cuanto podían necesitar en lo tocante á ropas, alimentos y cordiales; y después, recorriendo fáciles etapas hasta Mbugani y Bigiro, y cruzando el río Kingani, operación muy enojosa, con una barca, llegaron el 4 de diciembre á Bagamoyo.

CORDIAL RECEPCIÓN EN BAGAMOYO Y ZANZÍBAR

El mayor Wissman había suministrado caballos á Mister Stanley y á Emín Bajá, que hicieron su entrada triunfal en Bagamoyo. La ciudad estaba adornada con arcos de follaje y ramos de palmera. Hízose un saludo de nueve cañonazos, á los cuales contestó con el mismo número el vapor alemán *Sperber*, y todos los buques se empavesaron. Los oficiales de la expedición fueron invitados á un suntuoso banquete por el mayor Wissman, que felicitó primeramente á Mr. Stanley y á Emín Bajá, congratulándose de que hubiesen vuelto al país civilizado.

Muchas personas llegaron de Zanzíbar para felicitar también á los viajeros, figurando entre ellos sir William Mackinnon, presidente del Comité de la Expedición de auxilio, el cónsul inglés, y los representantes de Alemania é Italia. Por la noche se celebró un banquete.

El 6 de diciembre, Mr. Stanley y sus compañeros llegaron á Zanzíbar, cruzando el canal en el bote correo del *Sperber*, y escoltados por las escuadrillas inglesa y alemana. El gran viajero fué recibido en dicha ciudad por el cónsul británico, quien le entregó en nombre del Sultán la Orden de Zanzíbar. El *Katoria*, escoltado por dos buques de la escuadrilla naval inglesa, condujo después á Egipto á Mr. Stanley y sus compañeros ingleses.

TRADUCIDO POR E. L. DE VERNEUILL